

ria de una vida humana sometida a la división del trabajo —material y espiritual—, al salario fijo y predeterminado, que se da a cambio del trabajo, a la producción mercantil y a la propiedad privada. Es por tanto un concepto que revela no sólo los secretos del capitalismo sino de toda sociedad que contenga los elementos para producirla, incluyendo a la sociedad socialista. Pero en esta última sociedad (última de la “pre-historia humana”, pues la historia comienza en la sociedad comunista) se hallan los elementos materiales y espirituales para comenzar el proceso de “desalienación progresiva”, proceso que no es de ninguna manera mecánico puesto que, “en una sociedad de transición

burocrática, deformada o degenerada, estos fenómenos —básicamente la alienación— amenazan cobrar cada vez mayor amplitud”.

¿Especulaciones de gabinete? ¿Aporte científico para comprender a Marx y al marxismo? No se puede decir con exactitud. Lo que sí parece probable es que el marxismo, allí donde ha incidido realmente en la historia y en la sociedad, en el pensamiento y en la acción de Lenin o de Mao, por ejemplo, se presenta en “un orden diferente de verdad”.

Ernest Mandel: *La formación del pensamiento económico de Marx. De 1843 a la redacción de El Capital: estudio genético*. Siglo XXI Editores, S. A. México, 1968.

viajes y tentaciones

Por Valquiria Wey

Siguiendo su línea de ediciones de bolsillo, Alianza Editorial emprende la tarea de divulgar una obra de Santa Teresa. Mujer de empresa, de fe y de espíritu, este libro suyo apenas ordenado por la sucesión cronológica de las fundaciones no resulta actual y emocionante por las aventuras de frailes y monjas o las intrigas de beatas y obispos, sino por lo que tiene de revelador sobre la apasionada figura de quien lo escribió.

Sería un poco obvio, sobre todo tratándose de una reseña, hablar de la figura de Teresa de Cepeda y Ahumada, obvio y pretensioso. Sin embargo si nos gustaría subrayar la razón por la que esta obra es aún, hoy día, una lectura emocionante, si posible, por encima de sus méritos literarios. Es decir, aparte del estilo —el suspenso, el sabroso lenguaje coloquial— está el ser humano, la sorprendente mujer de empresa del siglo XVI. Entonces, no sin un sentimiento de herejía el lector se siente tentado a relegar el caso literario a *Las moradas* y pensar solamente en la criatura extraordinaria, además escritora a contrapelo que a vuelo de pluma es capaz de producir con *El libro de las fundaciones* un choque emocional y dejar una profunda huella.

Según la santa, el libro fue escrito a petición de su confesor, el padre Ripalda y pudo finalizarlo unos meses antes de su muerte. Las cosas se le olvidaban, dice. Además escribir es, según ella, una tarea muy difícil con todo lo que hay que hacer y con el poco tiempo que sus tareas le dejan. Porque eso era la santa, una mujer de acción, en la acepción más moderna de la palabra, quitándole el prosaísmo de la finalidad que generalmente tiene en la actualidad y la amargura que posee ese ser maltratado que es la mujer de empresa sin el fer-

vor de un propósito espiritualmente formador y la comprensión de la santa. Claro que en el siglo XVI contaba con un estupendo elemento de estrategia: la sorpresa con que obispos y autoridades veían a la asombrosa y persuasiva mujer llevarse a todos por delante y dejar bien firme un convento con sus monjas que practicaban sus ideas de cómo vivir la vida dedicada a Dios.

Porque están los tejes y manejes de las fundaciones, las peripecias y los trabajos morales como ella misma dice, convencer a obispos apáticos, autoridades enemigas de monjas, monjes vecinos enemigos de competencia, donde la santa aprendió que lo que no se consigue a derechas (harto difícil para una mujer débil, para usar su propia expresión) se consigue por otros medios, persuadiendo con su prodigiosa personalidad, empleando las oportunas apariciones del Señor para rescindir un contrato de renta que la santa cree desventajoso, escondiendo su decisión tras la obediencia a sus confesores. Ahí aprendió la santa la importancia de las amistades poderosas y el favor de las beatas ricas.

Por increíble que parezca eso fue lo que sus confesores la instaron a recordar y dejar escrito, y con muy buenas razones la santa se resiste a creer que eso precisamente pueda tener importancia o por lo menos deba contarse. Y debe, para recordarlo y contarlo, omitir muchas cosas, mientras notoriamente disimula, casi llegando a la mentira, otras. Por eso se le va la pluma y en cuanto puede la disgresión moral, aquello que sí cree que vale la pena dejar

anotado para beneficio de su hijas, esos razonamientos contra la mojigatería, a favor del consejo del letrado antes que el de la priora fanática, del trabajo antes que los castigos corporales y de la obediencia con alegría antes de las revelaciones divinas por hambre y sufrimiento.

Porque el tener que forzar las circunstancias con ser desagradable no alteró la integridad ideológica de la santa que puede permitirse el lujo moral y material de dejar plantada a la poderosa princesa de Eboli con todo y convento, porque deducimos que en los términos de su época debe haber pensado que la princesa era una especie de “snob” de la religión.

El libro tiene otro lado más ligero, el que tiene que ver con la alegría aventurera de la santa. Largos viajes, frío, sol, embarcaciones que amenazan perderse río abajo, pernoctar la noche de ánimas en una vieja casa vacía en Salamanca. Pero en realidad el único factor físico que le preocupa es Andalucía con ese sol más recio que el de Castilla y donde las tentaciones son tantas. Está demás preguntar si eso impidió la fundación de un convento en Sevilla.

Creo que deberíamos creerle cuando nos asegura que escribe este libro, memorias, por orden de su confesor, porque las dos aventuras en las que se comprometió con su fe son demasiado absorbentes. Porque una de ellas es la interior, aquella por la cual sentimos que tiene el mayor respeto y un fuerte deseo de participárnosla, y la otra, el ajetre cotidiano, el revoloteo de la puesta en práctica de un propósito que es su ambición y que la perpetuarán en el terreno de la acción y de la realización. Porque Santa Teresa tiene una obsesión: no dejar morir su logro interior, su trabajo místico, y confió más en la obra real, la fundación de conventos, que en cualquier otro medio, inclusive el literario, para que los tiempos venideros se aprovecharan de él. Probablemente reconociera la santa que sus hijas, como las llamaba, tenían más vocación para el sufrimiento que para las letras y que si quería proseguir su tarea proselitista debía llevar personalmente y en la práctica la Regla y Constitución por ella reformadas de la Orden a cuanto lugar del país fuera posible.

Por suerte sus confesores que la admiraban sí eran letrados y la empujaron a dejar este *Libro de las fundaciones*. Porque aconsejando o relatando, tratando de encubrir un percalce no muy canónico es una suerte disfrutar de la presencia de la santa y de su memoria estimulante.

Santa Teresa de Jesús: *El libro de las fundaciones*, prólogo de Antonio Comas. Colección “El libro de bolsillo” (91). Alianza Editorial, Madrid, 1967, 269 pp.

